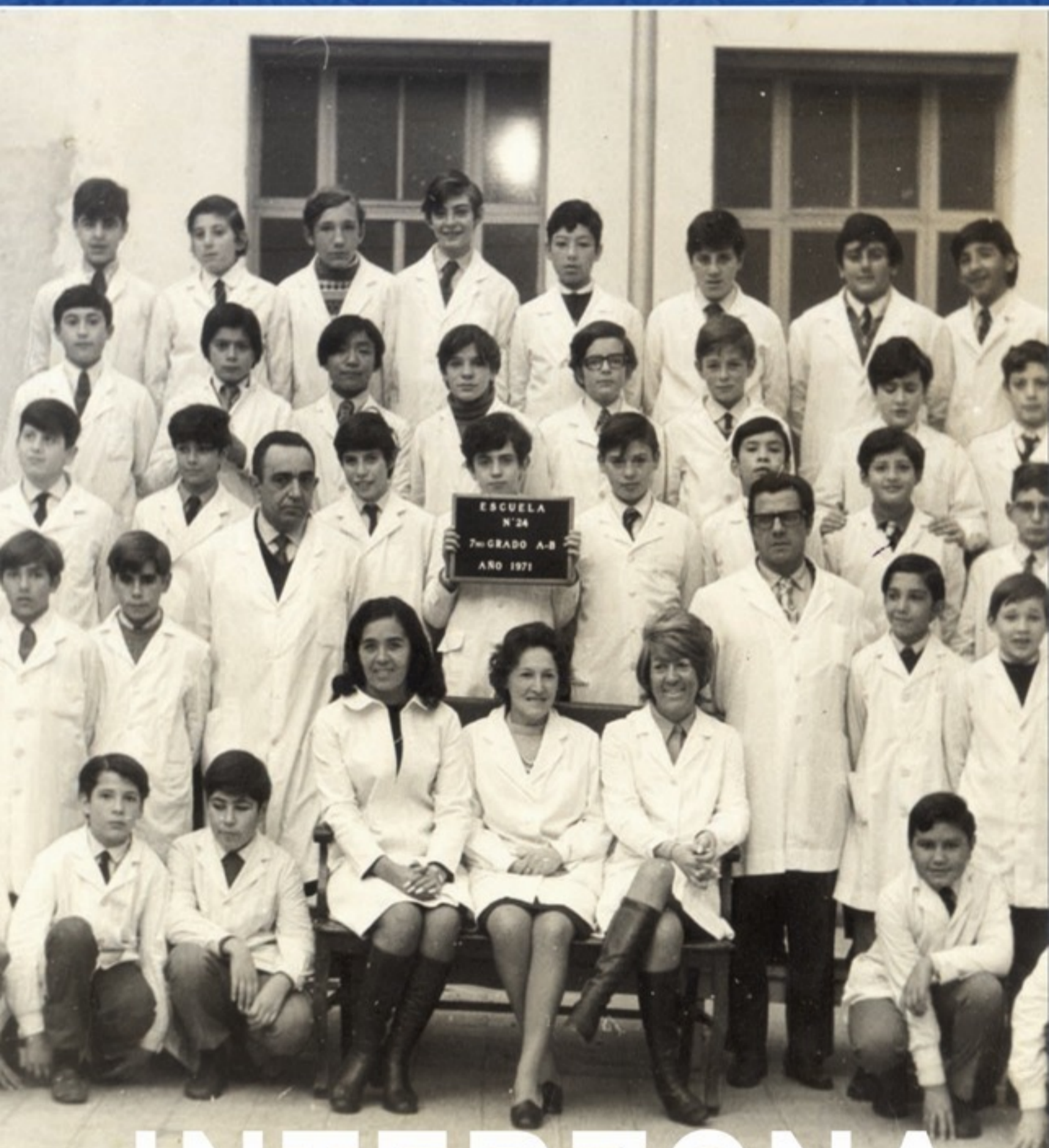


Luis Chitarroni

EL CARAPÁLIDA



INTERZONA



EL CARAPÁLIDA





Luis Chitarroni

EL CARAPÁLIDA



INTERZONA

INTERZONA

2º ROUND es una colección de rescate de joyas literarias que, por culpa de la (i)lógica del mercado editorial actual, estaban injustamente ausentes en las librerías. Hoy suben nuevamente al ring. Y en este rincón:

Chitarroni, Luis

El carapávida. – 1a ed. – Buenos Aires : Interzona Editora, 2012.

240 p. ; 21x13 cm.

ISBN 978-987-1180-96-7

1. Literatura Argentina. I. Título
CDD A86o

© Luis Chitarroni 1997–2013

© interZona editora, 2013

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Corrección y coordinación: Mariel Mambretti

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Composición de interior: Hugo Pérez

Composición de tapa: Brenda Wainer

Foto de tapa: *Séptimo grado* de Emilio Both

ISBN 978-987-1180-96-7

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

Libro de edición argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



Adjunto una fotografía mía, tenía quizá cinco años.

*La cara de enojo era divertida en aquel momento;
ahora la considero secreta seriedad...*

*Quizá no tenía aún cinco años en esta fotografía,
quizá más bien dos, aunque tú, amiga de los niños,
podrías juzgarlo mejor que yo,
que ante los niños prefiero cerrar los ojos.*

FRANZ KAFKA a FELICE BAUER

Even those tears: I me mine.

THE BEATLES, 1970

A Alejandra y Pedro.



Desde la separación, su vida podría tener un subtítulo en rotuladora (la rotuladora estaba ahí, a mano, una de las pocas cosas que le quedaban): *Raciones mínimas*. Raciones mínimas de todo: infusiones, minutas, mensajes, misiones, emisiones, municiones, sexo, simulacros, situaciones, excepto cigarrillos. Y alcohol. Si no hubiera sido por esas pequeñas islas –el almuerzo, la siesta, la pitanza nocturna, el sueño–, podía decirse que fumaba sin interrupción. Y que bebía a la par. Sin que se le pasaran las ganas. Todo lo demás era suficiente. Raciones mínimas.

Pese a las desventuras y penurias de la vida civil, Emilio Both no era un reportero gráfico con la ambición y los riesgos que imaginan los guionistas de cine, sino un desocupado permanente que se ganaba unos pesos sacando fotos en casamientos y fiestas de egresados. Salió a la calle cantando bajito una canción. La había oído durante todo el día anterior gracias al estereofónico de la vecina que lo recomendó para sacar las fotos en la escuela. Una canción en inglés que le hacía creer que sabía inglés aunque no supiera tampoco cantar. La fotografía no le había educado el ojo ni la música el oído. Y era perfectamente ignorante en cualquier lengua que no fuera el castellano.

Tenía treinta y seis años, una memoria rutinaria y rencorosa, buena ortografía y mejores modales, pero su distracción –o tal vez sólo su orgullo– pasaba por alto que fueran requisitos. Como un falsificador sin éxito, las había convertido en posesiones, en cosas que sin ser reconocidas lo halagaban igual. A pesar de su pulcritud, vivía a cierta distancia del cuerpo, animado por la costumbre de hacer una oración sobre sí mismo en primera o en tercera persona, hábito de solitario

menos infrecuente de lo que él se imaginaba. Nunca se había movido del barrio, ni siquiera cuando, como él decía, se fue a vivir con “aquella”. “Fue” era otra licencia o displicencia autobiográfica: en realidad se quedaron a vivir juntos en el departamento de los padres de él.

Mientras caminaba hacia el quiosco, sacó del bolsillo de su campera descolorida la libreta de enrolamiento. Adentro guardaba unos billetes que parecían a punto de extinguirse y que constituían la fortuna de las bromas de los amigos. La plata iba desvaneciéndose en sus bolsillos y manos antes de ser gastada. O mejor dicho, la plata, la poca plata que tenía, se gastaba antes, como si fuera innecesario comprar cosas. Por un lado, el dinero resplandecía, daba la impresión de rejuvenecer –¡ley dieciocho ciento ochenta y ocho!–, y por otro esa penosa condena, esa bancarrota íntima e independiente lo hacía cada vez más senil y opaco, incluso para sus dedos. Tal vez hubiera podido canjear el papel mustio que conservaba su valor por el recuerdo de su felicidad ida, real o inventada, que se negaba a aparecer; probablemente no: la plata era lo único que no se olvidaba de contar desde que ella se fue.

Tocó el timbre del quiosco (un local estrecho y profundo en el que su diminuto propietario parecía perderse u ocultarse), apoyando el peso de una pierna en la otra y el de medio cuerpo en el brazo de la acción. Los niños veían a Boris como un ratón gigantesco, dispuesto a darles una yapa si se les había caído un diente, y los adultos seguían viéndolo así cuando ya no tenían nada que perder. Boris parecía hecho de repuestos zoológicos, con su nariz hocico, su mirada de topo detrás de los anteojos, y las manos de dedos agusanados, blandos, blancos, que encontraban de todo –librería y almacén de ramos generales– en el quiosco guarida.

Los gestos de Emilio Both tenían una velocidad feliz de héroe joven (y eso que no era ninguna de las dos cosas), y los movimientos de Boris, una lentitud complementaria. Era un rumor persistente en el barrio que la mujer de Boris lo engañaba con Sarfati (el dueño de un bazar próximo, con un prestigio misterioso), y que sólo esperaba el

momento propicio (cosas que el presente disimula) para abandonarlo: dos otoños. Desde el fondo de la caverna un marido amenazado tardaba en llegar al umbral donde lo esperaba su precursor. La impaciencia de este último hizo tropezar a una niña, que quedó cabizbaja a sus espaldas mientras se dispersaba por el suelo una sórdida melodía de gallinero.

Emilio Both se dio vuelta y, al verla, sintió remordimiento. Era algo que llegaba tarde, nunca a esa hora, por la sencilla razón de que él a esa hora estaba durmiendo. Se agachó a ayudarla y un tirón a la altura de la cadera le dibujó en la mueca la edad. “¿Lo traen para darle de comer a los pajaritos?”, preguntó. Y ella dijo con la voz ronca, brusca, buscándole la cara: “No, es para hacer pochoclo para nosotras”. “Entonces ya no sirve”, dijo Both a modo de comprobación y de disculpa. Ella se sonrojó y no volvió a hablar. Una niña alta, de séptimo. Tenía el pelo fino y lacio, rasgos adultos, las uñas comidas y los ojos profundamente enmarcados por unas pestañas muy negras. ¿O iba al colegio maquillada?

Boris llegó del fondo como si viniera de abajo. Emilio Both dejó que la alumna comprara primero y de paso donara el maíz caído para el hámster del hijo de Boris. Sin decir una palabra consiguió los cigarrillos. En el intercambio había algo de dibujo animado y, aunque los dos supieran del otro la vida, no cometían indiscreciones. Fórmulas rituales y gestos nimios eran efectos secundarios, la conveniencia de los tímidos.

A pesar de su sedentarismo y su don de observación, Emilio Both cometió dos errores: entró por la puerta de la escuela de mujeres (estaba a pocos metros de la de varones) y, cuando hablaba con la secretaria suplente, sonrió como si lo hubiera hecho a propósito. Era parte de su encanto, a veces oportuno, sonreír así. “Mirá si no va a saber”, le dijo la secretaria a Inés Maniagua, “si hace años que vive acá a la vuelta. El hijo de la modista. El hijo de esa señora tan buena que se

murió de cáncer, que hizo la conscripción con mi hijo mayor, mirá si no va a saber. Toma, lo que pasa. O estará drogado”.

Entró en la escuela de varones casi en puntas de pie. Un niño grandote gesticulaba. Parecía izar una bandera imaginaria o estar contando con las dos manos –con los pulgares e índices haciendo de revólveres–, o quizá proyectando sombras chinescas en algún lugar invisible. No se oían voces, no se oían ruidos. Vio en el pizarrón escolar un dibujo del submarino amarillo con las inscripciones: “La imaginación al poder”, arriba, y abajo: “Queda decretado el estado de dicha permanente”. Avanzó unos pasos, guiado por el desconcierto, y vio murales estafalorios con letra, los modelos de letra que hacía tres o cuatro años había impuesto Peter Max: letras gordas y coloridas, arabescos y anamorfosis psicodélicas. Pensó que eran la escenografía perfecta para una película argentina sobre la actualidad, es decir sobre lo que había ocurrido dos o tres años antes en cualquier otra parte. Todo tarda en llegar. El retrato del prócer de turno no desentonaba; al contrario, parecía adecuarse perfectamente.

Emilio Both estaba atento al latido de un diente enfermo y canturreaba todavía la canción que había sonado la tarde anterior en la casa de sus vecinos, pero sus pensamientos, como una voz ahogada, seguían otro curso. “¿Dónde está el coro absurdo que me imaginaba? El olfa, el ortiva, el monitor que lleva la voz cantante, la tribu de pomposos cogotudos y ese pimpollo que a veces se ve por acá. Puta madre.”

Como si, gracias al silencio, la realidad pudiera oírlo sin darle la razón, lo interrumpió un estruendo fuera de lo común. Durante un segundo, Emilio Both pensó que se trataba de una alarma. La escuela se prevenía así del ingreso de personas de dudosa reputación, como él. Sin embargo, un hombre alto, a quien tenía visto de algún lado, se le acercó y le extendió la mano (como si también lo tuviera visto y eso bastara), le dijo que el ruido provenía de los parlantes que él había hecho colocar (el equipo no funcionaba del todo bien: no podía

sincronizarlo al sonido del timbre) y lo invitó a atravesar una oficina en la que un señor con cara de aburrido se presentó como “Reguera, el secretario”. En su escritorio había una máquina Remington con una hoja a medio escribir en el carro, un inhalador y una almohadilla para sellos.

El hombre alto era Marcelo Morgado, director de la escuela, pero parecía alguien puesto a representar ese papel en una película. El actor maduro y a la moda de una de esas producciones inmediatas y lentas de reflejos, que tratan de ponerse al día, de “capturar” el espíritu de la época.

“Cualquier semejanza con un juzgado de Tribunales es mera coincidencia”, dijo Marcelo Morgado mientras se abrían paso, y lo hizo coincidir con lo que Emilio esperaba que dijera. En efecto, demasiadas cosas se interponían para que alguien pudiera estar cómodo allí. Emilio Both tuvo que sortear un montón de carpetas apiladas sobre las sillas, las pocas sillas, y una impaciente pila de discos. Se quedó mirando la tapa de uno: la fotografía de un hombre muy triste y muy solo, con el pelo y la barba muy crecidos y botas de goma, que daba la impresión de haber sido envenenado por los años y que posaba rodeado de ostentosos enanos de jardín, bajo la lacónica sentencia *Todo debe suceder*.

—Estoy tratando de arreglármelas. Mi predecesor decía que dirigir una escuela es lo más parecido a regentear un prostíbulo, con todas sus desventajas y sin ninguna de las satisfacciones. No era muy imaginativo ni muy fino el hombre, pero ahora me doy cuenta de que tenía razón. Tome uno de los míos. Yo pensé que la música, que si la música tranquiliza a las fieras... ¿Se acuerda de esa escena de *Socorro* en la que todos tienen que cantar la Novena para calmar al león? ¿O era la Sexta?

Se trataba de un falso dilema, porque Marcelo Morgado se acordaba perfectamente: estaba incluido en el conjunto de los memoriosos que sólo fingen amnesia por curiosidad. De paso era una trampa, porque el film no era *Socorro* sino *Yeah, yeah, yeah*.

Emilio Both aprobó sonriendo, sin contestar. Como ya se ha dicho, mantenía en forma su memoria prolija. Temía, no obstante, que el sistema de apelaciones lo comprometiera. Una cosa era extraer de él esos aportes meritorios del contorno y otra averiguar qué hacía, obligarlo a pasar a la fuerza por la primera persona, esa que le resultaba indistinta en su murmullo mental. “Me rasco todo el día a mis anchas, señor director, con la más izquierda de mis manos...”

—Emilio Both, ¿verdad?

Exageró tanto la buena pronunciación que Emilio, acostumbrado a oírlo mal, con una o cerrada y una te brusca, estuvo primero por corregirlo y después a punto de agradecerse lo.

—Como “ambos” en inglés, qué curioso. Yo conocí a un Booth acá. Era descendiente del asesino de Lincoln. *Booth*. Pero Both como apellido nunca me imaginé... Es como si llevara siempre a otro. A lo mejor todos, ¿no? *The underdog*, como dicen los ingleses. *El último orejón del tarro*. ¿Es de Géminis?

Sin saber de qué, sin ser de Géminis, Emilio volvió a sonreír y contestó que no. No dijo de “Tauro”. Era un acto de lealtad a “aquella”, o de protección proléptica al amor que sigue, el próximo, que puede ser cualquiera. Emilio Both no sabía si le gustaba la música, pero creyó necesario —o, colmado de silencio como estaba, imprescindible— distraerse, quedarse escuchando. Unos acordes pesados de piano desanimaban a una voz un poco débil y solemne, lastimada. La voz decía, repetía, “*Isn't it a pity, isn't it a shame*”, letánica, pero sólo Morgado entendía. Both no, mientras iba cubriéndose del peso de las horas de esos años. Barras verticales de senectud, caducidad.

—La foto suele tomarse a fin de año porque es un recuerdo, pero yo pensé que esta vez podíamos adelantarnos. Que los chicos tengan la memoria por delante, que empiecen a acordarse de sus compañeros antes de perderlos de vista. Me costó convencer a los maestros. En cada pedagogo hay reprimido un conservador... a veces menos reprimido de lo que convendría. La madre que lo mencionó a usted era amiga o conocida de Coire Cobas, el director anterior. Tire la ceniza

ahí nomás, es para tirar —y señaló un montón de biblioratos, cartapacios, legajos—.

La pila de discos se sacudió. La vitrina del aparador en el que estaba guardada la bandera de ceremonias vibraba. Se oyó un chirrido (el portero no se ocupaba a menudo de aceitar las bisagras) y alguien abrió la puerta.

El niño que en el marco de la puerta apretaba un pañuelo contra su boca era El Canillita. Emilio Both lo reconoció: un actor precoz celebrado en todos los hogares por su simpatía y desenvoltura. El Canillita era famoso porque, siendo un chico, no despertaba sospechas (nadie pensaba, por ejemplo, que fuera un enano disfrazado); es decir, hablaba como se exigía que hablaran los chicos, como un muñeco de ventrílocuo adiestrado en un proyecto de lengua hecho por padres y maestros deseosos de dar a entender que en la infancia de ellos El Canillita no podría haber existido. A Emilio le resultó sorprendente que tal notoriedad asistiera a una escuela del Estado; él se lo imaginaba llevando una vida lujosa, con maestros particulares y mayordomos, o, mejor todavía, una vida sin ninguna ocupación, como la de él pero feliz.

—La maestra dice que están lo séptimo listo —anunció el alumno. Tenía esa peculiaridad: no pronunciaba las eses del plural. Era una exigencia del guión.

—¿Qué te pasó?

—No, nada, que me caí en el patio y me sangra el colmisho —también imitaba el contagio fónico de la ese arrastrada en consonantes con sonido distinto. Algunas madres no lo advertían y otras adoraban a El Canillita por eso.

—¿No te lo habrás roto?

No se lo había roto (lo mostró).

—Debo tener el diente picado, debe ser una carie —supuso.

—Caries —dijo con dulzura Morgado, que no se imaginaba con quién estaba hablando.

Lo siguieron en dirección a los séptimos y luego siguieron a los séptimos en dirección al patio central. En un susurro que su altura volvía casi ininteligible, Morgado le dijo que la dicción del niño no era precisamente un modelo para Bertil Malmberg y Emilio se quedó con la impresión de que le presentarían a una autoridad superior, digna de ese nombre.

En realidad el niño del pañuelo sólo formaba parte de la pandilla de El Canillita, a quien se asemejaba por una especie de parentesco tribal, porque ciertos diseños precoces de la notoriedad sólo consiguen achicar las diferencias y porque se peinaba con flequillo (otro requisito del guionista). La pandilla de El Canillita era todavía un éxito de la radio y las revistas: minicomedias aturdidas por los gritos, fotonovelas borrosas destinadas a moralizar sobre las travesuras de unos niños perdidos en el bosque. Palermo, para colmo. Distraídos viandantes en segundo plano, fuera de foco.

Emilio Both pensó en la palabra “corralón” y vio a un enano abrupto salir de fila y proferir un eructo aterrador frente a una puerta cerrada. Había saludado al hijo de su vecina, pero era tan tímido que miró para otro lado. Chico raro. Cuando lo fotografió individualmente, pensó de verdad que, aunque lo veía más de diez veces por semana, el anonimato de ambos –que era una sombra especiosa y profunda, una condición y una consigna– los protegía de la misma manera. Dividida oscuridad, dignísima costumbre de dos personas que, por aversión a las repeticiones y los silencios mutuos, nunca llegarán a conocerse. Y entonces vio al chico de la ortopedia, que en el umbral de un aula vacía gritó “Viva Perón”. El grito sagrado. Antipatía natural por los portadores de voces triunfantes.

Él, Emilio Both, que no tenía vida, que carecía de vida y de coraje y de interés para hacer las cosas que los demás hacían, pasaba por modesto. Pero esa prescindencia era todo lo contrario. Siempre exageraba el punto de sufrimiento al que había llegado. Boris, cualquier vecino, cualquier menor de edad se acercarían a él por dolor; o no se acercarían; el dolor sería la prueba de que él los aventajaba, y de ahí el alarde: una especie de espera, de estoicismo impostor, de inveterada paciencia.

En el patio central, observando cómo se distribuían por estatura en la grada, pensó en su orfandad: las madres de esos despóticos inocentes acaso fueran como la de él, como la suya había sido de él hasta el último suspiro. Los niños hacían su número. Carecían de gracia y, como siempre, sería necesaria la identificación individual para que el conjunto tuviese un discreto valor: los apellidos, los nombres, los apodos, esa música abstracta, primaria de la infancia. Pero aun así, aun así. Se había despojado de ese hedor compacto que la cercanía y el encierro combinaban. Adrenalina, goma de borrar, tinta de birome, pantalón de franela y hasta el resabio recóndito de algún medicamento: la escuela pública argentina. Y estaba allí mirando y oliendo, como si las uñas comidas oliesen.

Eran muchos –cuarenta–, y casi todos se ignoraban a sí mismos. De eso dependía una violencia que puede ser confundida con la espontaneidad. Sólo Collodi podía apreciarse en relación a algo, gracias a su pertenencia a otro grupo: la pandilla de El Canillita. Su prematura notoriedad le resultaba muy conveniente. Parecía ayudarlo a imaginarse.

Cuando enfocaba, Emilio sintió que era como fotografiar un cuadro ya hecho: una imagen detenida el día anterior, el día entero. Fría, enfática, obvia, una composición seguida hasta en sus más débiles contornos por un precursor diestro en el manejo de grupos, hábil en generalizaciones, capaz de atenuar el estallido de esa jauría de rasgos individuales en la fijeza de una composición aceptable. Porque una réplica de esa deslucida puesta en escena iría cumpliendo años todos los días en cada hogar, como si la feliz detonación trivial –*mi feliz pasaje por la escuela primaria*– tuviera una profundidad temática y un desenlace heroico que Emilio Both, por ignorancia, capturaría en el momento justo.

El director se le acercó y le dijo: “Va a ver que no sale nada: Manitú no lo permite”, y sonrió de costado, como si la broma lo implicara o implicara a alguien a quien ambos conocían. Tenía una corbata preciosa. Él, en cambio, no tenía nada que exhibir. Both se preguntó si el director se habría dado cuenta del estado civil de su dentadura y de la degradación paulatina de su sistema digestivo.

La primera fila la formaban los alumnos más bajos y las maestras titulares respectivas. La titularidad se les notaba en la postura. Tres, sentadas. Dos con botas y la del medio con unos zapatitos pueriles, estilo Guillermina. Marcelo Morgado se las presentó: las manos flojas, las uñas pintadas. Y también al maestro, a quien de lejos, por el tamaño, Both había confundido con un alumno. “Uno de los maestros”, dijo el director, “porque el otro no quiere venir: dice que arruina todas las fotos”. El presente le tendió una mano firme, acostumbrada al apretón formal, a los pactos, a los convenios adultos, de caballeros. *Mucho gusto*. Se oía un murmullo sólido, del que se destacaban los bordes de ciertas palabras lejanas.

“Usted no trajo corbata, señor Collodi, y yo le avisé. Usted en la foto no sale.” Una de las maestras, que se había quedado de pie, se dirigía al niño del pañuelo en la boca. El pelo con claritos y la pollera corta debajo del delantal suelto, el relieve que la imagen no revelaría hizo foco en la memoria de Emilio Both: su pimpollo estaba ahí. Era la que miraba en La Alsaciana. Debía de tener apenas unos años más que él, mejor llevados. “Este se cree que porque trabaja en la tele nos va a pasar por encima, pero le voy a bajar los humitos yo.” Como todas las personas que rezongan, requería de los testigos algo más que atención. ¿Culpa? Hacía de los testigos rehenes de su disconformidad. La morocha no carecía de estilo, especie de Jeanne Moreau con botas altas de amazona. A sus espaldas, el maestro del apretón de manos preguntó: “Che, ¿voy a tener que pasar revista como si estuvieran en la colimba?”. No obstante, comenzó a inspeccionar, señalando con el dedo índice, de grada en grada, de arriba abajo. Un rubio grandote se estiró el cuello del suéter para que se viera que sí. Otro, intercalado, también grandote, repitió el gesto, agregando una cuota de irreverencia. “Cuidado, Ingrao”, dijo el maestro, “no se haga el vivo que repite de nuevo”. De repente, de los pasados por alto uno –corbata visible, gomina en el pelo, voz atiplada– gritó: “Hay que llamar a mi hermano”. Había que llamar a Rizzoli Carlos, que seguía contando enemigos imaginarios frente a la Dirección.

“A ver, que el rubiecito se corra más para adentro”, dijo Emilio Both, pero no lo oyeron. Sintió pesar, porque el encuadre era bueno y, además, a él lo único que le importaba era que salieran todos. Habló más fuerte y oyó el grito pelado, gélido, glaciario, de su nervio vivo, agazapado bajo el diente enfermo. *¿El colmisho?* “Pere”, contestaron de la otra orilla, “hay uno que falta”. El atrasado llegó a la carrera, pasó al lado del fotógrafo. Olía a búfalo, a animal peludo, a perro mojado. Era grande, pero arriba en las gradas no había lugar para él. “Que se agache”, pidió Emilio Both, y las maestras tradujeron: “que se acuclille”. Lo hizo. Como era pesado, torpe y venía jadeando, su postura tenía algo de cuadrúpedo en ciernes. Hacía un buen contraste con el más elegante del grupo (el que estaba en el extremo izquierdo: Gerardi), al parecer tratando de mantener el equilibrio. Ahora sí. Que el chico que sostenía el cartelito lo bajara un poco para que se le viera la cara.

Después, ya en cada una de las aulas, hubo que sacar las fotos individuales, que no le dieron ningún trabajo, excepto pequeñas molestias, y que provocaron sólo chistes laterales e inconvenientes previstos, los ojos cerrados por el flash. El resto fue un ensayo de rutina al que Emilio asistió una sola vez. Aparte del revelado en la buhardilla de Laperus, lo más trabajoso resultó encarpetar las fotos, separadas por una incómoda hoja de papel manteca, en una especie de cartón de repostería. Cobró en la fecha prevista, después de una larga espera en la Secretaría y una breve conversación con el señor secretario. De nuevo largo y breve, angustioso troqueo: campeonato de fútbol, intervalo inhalatorio de Reguera. Mientras esperaba, vio al director de perfil, pero el director no lo vio a él. Más encorvado, parecía igual de alto. Iba como en una nube, embalsamado por la luz de tubo, y sus manos protegían algo que Emilio Both pensó que era un panal.

De los fotografiados tuvo pocas noticias, excepto del hijo de su vecina, de quien iba acumulando informes gráficos acerca del crecimiento, no noticias –instantáneas dispuestas a negar que la madurez es todo, resúmenes de sus estados de ánimo según pasaban los años–, y, porque en el tiempo que siguió muchas cosas cambiaron (aunque él

conservara sus hábitos y los demás los suyos: sentía la corteza que lo separaba de las ansias ajenas, tenía cada vez menos suerte), una sola vez volvió a ver a la maestra.

Se sentó a hacer tiempo una tarde en La Alsaciana. Era a fines de la primavera y había cobrado un adelanto importante por un trabajo, un casamiento, cuya fiesta se celebraría en los altos de la confitería. Fue a simular que estudiaba el ambiente y pidió un whisky nacional. Empezaba a deletrear lo que estaba impreso en la etiqueta del rollo flamante cuando se acordó del sobre que había encontrado esa mañana en la entrada de su departamento. Lo habían pasado por debajo de la puerta y no tenía remitente. Eso descartaba a “aquella”, que se jactaba de no escribir, pero no de firmar: en los últimos años casi no había hecho otra cosa. La pereza de Emilio Both había podido más que el arranque de curiosidad; como estaba a punto de salir, guardó la carta automáticamente en el bolsillo de su campera. La sacó y comenzó a leerla.

Una letra forzada, inclinada hacia la izquierda en el primer renglón, caligrafiaba costosamente que lo amaba. Que lo amaba desde la primera vez que lo había visto. Que desde que lo había visto pensaba en él —“tí”— todo el tiempo. No le importaba que él —“tú”—. Emilio Both se detuvo y miró a su alrededor, como si alguna imagen pudiera cerciorarlo de que detrás de ese disparate habría una identidad. Que él —“tú”— no se hubiera dado cuenta quién era ella. Ella era un ave, un ave rebelde de la bandada. Sabía que él —“tú”— guardaba en el corazón una inmensa pena, pero ella era una calandria. Podría curar su pena, su inmensa pena con amor, porque lo amaba. Eso era todo lo que podía decirle un corazón que latía lastimado. Pero el de un ave que se refugiaba en las flores y en la libertad. Que hacía una larga angustia que lo amaba y que podía darle toda la alegría y todo el consuelo de su alma adolescente apresurada. Había desobedecido el consejo de todas sus amigas que se reían de ella al escribirle esta misiva a él —“tí”—. Había un nido lejano en el que los dos corazones permanecerían juntos para siempre si él —“tú”— abría su corazón al canto. Protegía su anonimato fingiendo la

mayoría de edad y, después del primer renglón, desbarataba ambos propósitos con su letra verdadera, redonda, obstinadamente zurda, y una inicial ampulosa, una rúbrica llena de adornos a la que había enlazado el dibujo de un corazón.

El hielo ya permitía que Emilio apurara los primeros sorbos. Lo hizo como si la carta lo hubiera consolado.

Entonces oyó a sus espaldas una voz chillona, acompañada de otras más cautas. Eran las maestras que le habían extendido la mano cinco o seis meses atrás. La que le gustaba llevaba la voz cantante. Desde ese momento, Emilio Both no hizo otra cosa que oír, lo que por un imperativo de su inercia –instigado por la curiosidad del ocio, saciado de la curiosidad de saber por la vanidad de creer–, se convirtió rápidamente en escuchar.

—Cuando lo vi, no lo podía creer. Yo me imaginaba una especie de bombván, un tipo paquete, enchapado a la antigua, y aparece este pobre cristo todo desprolijo y desaliñado. Que hacía todo el tiempo chistes verdes, vos vieras qué ordinario: un bocasucia, un malhablado... Y aparte una cara que para qué les cuento. Llevaba puestas chinelas. No, pantuflas no, les juro que chinelas de mujer. Les diré que la casa era un asco, toda sucia, medio destartalada. Había un biombo beige. No, miento, beige no, color galletita, regio. La mujer se le estaba muriendo y vos te creés que él... Pucha, se me corrió la media. Mismo César algo nos había dado a entender, por algo tardó tanto en decidirse. Se sentó en un silloncito color caramelo todo inchastrado y no dijo ni mu. El otro seguía dale que dale. ¡Qué boquita! Un vocabulario que ni un carrero. Y unas indirectas... ¡Escritor! Te digo que no necesita abuela. Que los libros de él tendrían que ser de enseñanza obligatoria fue lo menos que dijo, para que se den una idea. Mismo que yo le había contado, en un chiquito que me dejó, que vos enseñás el cuento de él. ¿Vos te creés que me dio bolilla? Según él... Ah, no, no, sí: nos cuenta que una vecinita –una chica preciosa: la vimos al salir–, nos cuenta que, según él, indifrudinisheguin. Sí, con él, ¿con quién va a ser? Y no va a un mueblecito antiguo, una especie de chifonier

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA